

Algunos aspectos sobre los libros y las bibliotecas en la Edad media

Simón Vladimir Pérez Medina **
Guillermo Amado Pérez Medina ***

Resumen

Con el avènement de la Edad Media se dieron un conjunto de transformaciones de diversa índole como el hecho de que la cultura fue conservada en gran medida en los monasterios cristianos. En la Baja Edad Media, las universidades jugaron un papel esencial tanto en la creación y mantenimiento de bibliotecas como en la producción y comercio de libros. Estos últimos eran bastante onerosos, por lo que las bibliotecas poseían un promedio de cien obras, si era la de un estudioso, y si era perteneciente a una universidad, a un monasterio o de algún monarca, su número podía variar desde trescientos a dos mil libros. Ya al final del Medioevo se dio la invención de la imprenta, que generalmente se atribuye a Gutenberg, la cual constituyó un hecho esencial en la historia.

Palabras clave: libro, biblioteca, medioevo.

Abstract

Medieval times means a transformation in the European world. One of them was the transformation of the christian monasteries as keeper of culture in the western and bizantyne world. During late Middle Age the universities were in charge of libraries and books production, conservation and trade. The last years of the period, books and libraries history were marked by an important fact the invention of printing.

Key words: Books and libraries history middle ages books and libraries Medieval monasteries.

* NOTA DEL COMITÉ DE EDITORES: Artículo culminado y entregado a la consideración de *Presente y Pasado. revista de Historia*, en el mes de Septiembre de 2001. El miembro del Comité de Arbitraje designado para evaluarlo aprobó su publicación en Diciembre de ese año.

** Abogado y Estudiante Tesista de la Licenciatura en Historia. Especialista en Derecho Tributario y Tesista en la Maestría en Filosofía. Profesor de Derecho Tributario en el Instituto Universitario Politécnico “Santiago Mariño” (1998-99). Jefe de Relaciones Institucionales en el Centro de Estudios Teológicos “Juan Pablo II”, en donde también es profesor de: Historia de la Iglesia Universal, Introducción a la Filosofía y Antropología Filosófica.

*** Licenciado en Historia y Licenciado en Educación. Miembro del Grupo de Investigación de Historia Antigua y Medieval. Director del Colegio “Auguste Comte”. Director Académico del Centro de Estudios Teológicos “Juan Pablo II” de la Arquidiócesis de Mérida. Profesor en este Centro de: Historia de la Iglesia Venezolana, Revelación y Fe, Biblia y Jesucristo, Sacramentos y Moral Cristiana. Profesor de Historia Universal y Venezolana en Educación Media.

Introducción

Es un hecho muy conocido que la Edad Media o Medioevo, como también suele llamársele, ha sido objeto de una valoración tradicionalmente negativa desde la misma época del Renacimiento, período histórico en el cual se le adjudicó el nombre con el que hoy todavía se le denomina. Esta valoración negativa, tal como lo afirma Cappelletti¹, se mantuvo incluso hasta el siglo XX, aunque deben mencionarse algunas excepciones, como fue el notorio caso del Romanticismo de la décimo novena centuria y el de los estudios históricos que llevaron a cabo durante este siglo XX investigadores y eruditos, serios e imparciales, sobre tan interesante época de la historia de la humanidad y entre los que destacan los realizados por insignes medievalistas como Henri Pirenne, Marc Bloch, Johan Huizinga, entre otros. Vale destacar, por otro lado, que en los últimos años se ha desarrollado un gran interés por el Medioevo, que no se ha limitado a los círculos intelectuales, sino que también ha estado presente en los más variados sectores sociales, políticos, científicos y académicos, sobre todo europeos, y que se traduce en una gran cantidad de publicaciones de diversa índole sobre el tema.

La edad media y la cultura

Una de las ideas sobre la que se sustentó esa concepción negativa de la Edad Media es la que definió y caracterizó este período como una época de violencia y barbarie sin límite, en el cual las letras asistieron a un declive total y en donde la ignorancia se generalizó por toda Europa. Si bien es cierto, que se debe reconocer que la caída del Imperio Romano de Occidente trajo consecuencias graves y profundas en el ámbito cultural, no se puede incurrir tampoco en tal exageración, por cuánto en realidad se asistió, desde el período del Bajo Imperio o Dominado a una serie de cambios de diversa naturaleza, que poco a poco transformaron la vida y el pensamiento de Europa, señalando el

camino para la estructuración de una nueva sociedad producto de la incorporación al mundo romano del elemento germano y de la expansión y consolidación del movimiento cristiano.

Una prueba palpable de que las letras no experimentaron un eclipse de mil años está en la muy interesante historia que protagonizaron los libros y las bibliotecas en la Edad Media y que se reseña muy brevemente a continuación como objetivo de este trabajo.

Para esta época no existieron los libros impresos tal y como los conocemos hoy día, por cuánto la imprenta sólo comenzó a ser utilizada a finales de éste período histórico e inicios de la Edad Moderna. En el Medioevo se encontraron mayormente otras variantes de libros conocidos como manuscritos y algunos casos ejemplares de escrituras sobre tablillas, muy al estilo sumerio, que constituyeron una innegable influencia del mundo antiguo, en el que tal práctica fue bastante conocida. Además de las tablillas, otro soporte escriturario muy representativo del período fue el pergamino, el cual poseía un costo bastante elevado, siendo durante la Alta Edad Media su producción efectuada por los religiosos que habitaban los monasterios, ya que era en éstos lugares donde se llevaba a cabo la copia y transcripción de obras, pudiendo asignársele a estos centros religiosos, como bien lo han expresado gran cantidad de investigadores, una función extraordinaria de conservación de obras de gran valor intelectual y de ser los más firmes depositarios de la cultura occidental durante este tiempo. Un ejemplo claro del uso del uso de tablillas y de pergaminos puede encontrarse en la biografía de Carlomagno escrita por Eginhardo y en la cual reseña que este famoso monarca franco “... también intentaba escribir y solía guardar bajo las almohadas de su cama tablillas y hojas de pergamino para poder ejercitar, cuando tenía tiempo libre, la mano en el trazado de las letras; pero como se aplicó demasiado tarde a esta tarea hizo muy pocos progresos”.²

La baja Edad Media

Posteriormente, en la Baja Edad Media la elaboración de bases de escritura estuvo en manos de personas conocidas con el nombre de “pergamineros” que estaban asociados en gremios de especialistas o artesanos. Sin embargo, la producción de pergaminos en muchos casos, a lo largo de toda la Edad Media, fue insuficiente, por lo que se acudió en algunas circunstancias al raspado de los pergaminos ya escritos para su reutilización, pergaminos estos conocidos con el nombre de palimpsestos, en los que normalmente las obras de la antigüedad fueron sustituidas por obras religiosas. Existen a su vez excepciones y casos inversos, como aquél en el que “De inventione rhetorica” del célebre Cicerón se rescribió sobre un antiguo sacramentario cristiano.

Por su parte, el empleo del papiro, tan común en la cuenca oriental del Mediterráneo, tuvo un uso sumamente restringido, tal es así que, según Millares Carlo, sólo se conocen cinco papiros de carácter literario, tres que correspondieron al siglo VI y dos al siglo siguiente³, lo cual da la idea a quienes esto escriben, que el uso de los papiros como soportes escriturarios se corresponden, sin lugar a dudas, a los primeros siglos de la Alta Edad Media donde aún se sentía fuertemente la tradición antigua.

Con relación a la utilización del papel, éste no fue propiamente invención de los europeos sino de los chinos, de quienes los tomaron los árabes, siendo precisamente estos quienes lo llevaron a Europa, específicamente a España y cuyo centro más antiguo de producción se ubicó en las cercanías de la ciudad de Valencia⁴, a través de la cual su uso se extendió, más que todo a finales de la Edad Media, es decir, durante los siglos XIV y XV, aunque Millares Carlo asegura que dicho material ya era conocido en Francia en el siglo XII. Por otra parte, algunos afirman que el papel llegó a Italia en el siglo XII debido al comercio con los árabes.⁵

En cuanto a la forma de los libros, Millares Carlo reproduce las siguientes palabras de Grisar:

“En las más antiguas esculturas cristianas de los siglos III y IV, especialmente en los sarcófagos, los muchos personajes representados, o sea Cristo como Maestro, los apóstoles o profetas, o simplemente cristianos y aun retóricos y filósofos paganos, cuando se los figuraba con el emblema de cualquier escrito, presentan éste en forma de rollo, que es la de los antiguos libros papiráceos. Pero en el siglo V, y en las obras reflexivamente compuestas, el símbolo cambia, y por lo general predomina el códice sobre el rollo, prueba que en la vida común triunfaba el uso de escribir en pergamino y de disponerlo en forma de libro.”⁶

De la referencia anterior se desprende que al final de la Antigüedad y en los inicios de la Edad Media se dio un proceso de transformación en la estructuración y forma de las obras escritas, que culminó con el predominio del códice, que se adaptó a las características propias del pergamino, aunque esto no implicó en ningún momento la desaparición absoluta de la forma de rollo mencionada por la fuente. Este cambio o transformación constituyó a su vez un gran impulso para las actividades de ornamentación de las que eran objeto las obras que se reproducían, esto debido a que el pergamino es un material que se presta mejor que el papiro para que sobre él se puedan llevar a cabo ilustraciones, aunque no podemos concluir que el inicio de tales ilustraciones se halla generado luego de haberse iniciado el uso del pergamino como soporte escriturario, ya que es muy posible que los orígenes de la ilustración y el grabado de textos se halla operado con los primitivos papiros.

Esta ornamentación se concretó en miniaturas cuyo nombre provenía del término “minium” que significa “rojo”, y, en caso de que incorporaran al oro como soporte decorativo, se les conoció como iluminaciones, que provienen de “lumen” cuyo significado se asocia con la luz.⁷ Esta ornamentación no fue uniforme durante los siglos que conformaron la Edad Media, sino que presentó constantes altibajos, que pueden reflejarse durante los siglos VII y VIII en una disminución en la calidad de estas obras que, posteriormente, fue superada en la época del emperador Carlomagno, durante el cuál se vivió el célebre

Renacimiento Carolingio de la cultura y en donde se encontraron varias escuelas, en cuanto a miniaturas se refiere, que se caracterizaron, según Millares Carlo, por “... la magnificencia de las ilustraciones, con representaciones figurativas cada vez más frecuentes y lujosas.”⁸, y que se distinguieron por el uso de colores como el amarillo, rojo y verde, además de la presencia de figuras de peces y pájaros en las letras iniciales.⁹

Posteriormente, el Renacimiento Otoniano en la Europa central también representó un gran esplendor para la ornamentación, seguido por los períodos “románico” y “gótico”, siendo el primero una aplicación de lo bizantino dentro de las características de la ornamentación existentes en las diferentes regiones europeas, mientras que el segundo representó la implantación de la influencia francesa, que se tradujo, entre otras cosas, en la alternancia de los colores negro, rojo y azul en la confección de las obras.

Esta labor no fue generalmente llevada a cabo por los copistas, sino que estos se limitaron a dejar el espacio en blanco, para que posteriormente en ese lugar el iluminador o el miniaturista se encargara de la ornamentación.¹⁰

El Encuadernado también conoció diversas fases a lo largo del Medioevo, aplicado por supuesto a los códices, por cuánto en los rollos que imperaron sobre todo en el mundo antiguo, no se puede hablar propiamente de encuadernación. En los primeros siglos de la Edad Media privaron los gustos bizantinos, mientras que para la época de Carlomagno imperó el denominado “gofrado”, en el que el cuero que cubría las tablillas de madera era ornado con figuras estampadas en seco y en relieve. Más sencillo fue el llamado estilo “gótico” en sus primeros momentos, puesto que en su parte final se presentó con gran cantidad de figuras de santos, que luego fueron dando paso a figuras de carácter erótico y de cacerías, sobre todo en el siglo XV, que revelan la progresiva implantación de las ideas del Renacimiento y, paralelamente, el abandono de los valores culturales existentes durante la Edad Media.

Los monasterios y la cultura

Los monasterios cristianos y la vida consagrada en general, pese a sus orígenes muy remotos, comenzaron a difundirse propiamente en Europa en el siglo IV dC, sobre todo impulsados por aquellos cristianos con un gran fervor religioso que se enfrentaron a la conducta de poca fe y baja moralidad seguida por algunos creyentes, tanto así que, San Jerónimo llegó a afirmar que la Iglesia después de Constantino “creció en riqueza y poder, pero se empobreció en virtudes”.¹¹ El monasterio entonces jugó un papel de primer orden en el resguardo de la cultura, ya que a fines de la antigüedad una parte importante de la bibliografía desapareció debido a los graves sucesos que trajeron como consecuencia el eclipse del Imperio Romano, sin llegar a significar que durante los primeros siglos de la historia del cristianismo la Iglesia no tuviese ninguna participación en lo relativo al mundo del libro, puesto que se evidencia en el hecho de que durante la persecución ordenada por Diocleciano, a fines del siglo III y principios del IV, se destruyeran algunas bibliotecas cristianas, y, que en tiempos posteriores, se hiciera referencia a colecciones de libros que poseían los coptos en Egipto.¹² Durante la Edad Media la cultura tuvo, sin lugar a dudas, un marcado carácter religioso debido al dominio que ejerció la Iglesia de Cristo sobre todos los aspectos de la vida cotidiana en el mundo europeo a raíz de la desaparición del imperio en occidente y de la consolidación del poder pontificio. Así, los monjes poseían en los lugares que habitaban recintos conocidos con el nombre de scriptorium, en el que se dedicaban a sus actividades de copia de manuscritos, para lo que, sólo al final del Medioevo, se hizo uso de mesas o pupitres para ejecutar tales tareas, imperando, antes de éstos siglos, la práctica tradicional de escribir sobre las rodillas.

Pero no sólo los monasterios se limitaron a la reproducción de obras y a la elaboración del pergamino, al menos durante la Alta Edad Media, sino que también llegaron a poseer una enorme cantidad de bibliotecas a todo lo ancho de lo que había sido territorialmente el Imperio Romano, no sólo en su parte occidental, sino también en la

oriental que se conoció mejor con el nombre de Imperio Bizantino y que logró subsistir a lo largo de todo el Medioevo. En este Imperio Bizantino existieron bibliotecas en los monasterios de Santa Catalina ubicado en las cercanías del Monte Sinaí, así como también en la región griega del monte Athos. En los siglos de la Temprana Edad Media existieron las bibliotecas de Cesarea en la región de Palestina, que había sido fundada por Orígenes, uno de los Padres de la Iglesia y que fue destruida en el siglo VII por los árabes cuando invadieron esta región.¹³ Otra biblioteca importante fue la existente en Constantinopla, fundada, según cuenta la tradición, por el mismísimo Constantino el Grande y que fue severamente dañada por los cruzados cuando penetraron en dicha ciudad en el año 1204, y que pudo seguir manteniendo su existencia durante el resto de la vida del Imperio, lo que se evidencia por los testimonios que de ella habían para el momento de la caída de Constantinopla en manos turcas en el año 1453.

En esta ciudad se destacaron dos figuras vinculadas al mundo de los libros en el siglo IX, que fueron el abad Teodoro y Photios, el primero de los cuales estableció un conjunto de normas para el funcionamiento bibliotecario, mientras que al segundo se le recuerda por haber escrito el *Myriobiblon* en el que describió las 280 obras que componían su biblioteca. Así como Photios escribió su *Myriobiblon*, unos siglos más tarde, específicamente entre los siglos XIII y XIV, el obispo Richard de Bury escribió la obra *Philobiblion* en la que habló de la forma como llevó a cabo la búsqueda y recopilación de sus libros.¹⁴

Hubo personalidades muy conocidas en la vida religiosa medieval que estuvieron de alguna manera ligados a las actividades que constituyen el tema del presente artículo, así por ejemplo un abad de nombre Isaías recomendaba a sus contemporáneos dedicarse con esmero a la ornamentación de los libros. Casiodoro quién fundó y vivió en el monasterio de Vivarium, famoso por su biblioteca, se encargó de establecer, en la regla de dicho centro espiritual, que los monjes debían dedicarse a la copia de textos.¹⁵ Algunas opiniones como las de Oakley

¹⁶ consideran que fue precisamente Casiodoro el enunciador de la idea de que la copia de libros debía ser una actividad esencial en la vida monástica, mientras que San Benito de Nursia no contempló tal actividad dentro de la Regla de la Orden creada por él, llamada Regula Monachorum.¹⁷ Sin embargo, a pesar de opiniones como ésta, es necesario reconocer que antes de Casiodoro se habló ya de la necesidad de la lectura por parte de los monjes y de la existencia de bibliotecas en los monasterios, como puede observarse a continuación:

“Después de las comidas, los monjes se dedicarán a sus lecturas o al estudio de los salmos. En los días de cuaresma dedíquense a la lectura desde por la mañana hasta finalizar la hora tercera y después trabajen en lo que se les mandare hasta la hora décima completa. En estos días de cuaresma, reciban todos su correspondiente libro de la biblioteca, que deberán leer por orden y enteramente, estos libros se darán al inicio de la cuaresma”.¹⁸

Las obras de la biblioteca de Vivarium fueron posteriormente dispersadas entre las de otros monasterios, como algunos ubicados en las islas británicas, en el de Verona y en el de Bobbio, aunque Dahl ¹⁹ afirma que también fueron a parar a una primitiva biblioteca papal, de la que lamentablemente son muy pocas las informaciones que se conocen hoy día. También es importante mencionar que San Martín de Tours fundó un monasterio cuyos monjes se dedicaron con gran entusiasmo a la copia de libros.

Al hablar de las diversas actividades ligadas a los libros y a las bibliotecas que se realizaron en los monasterios, es obligatorio hacer referencia a la orden benedictina, la cual pese a no tener dentro de las obligaciones regulares de sus miembros la copia de textos, siempre se dedicó al resguardo de los tesoros intelectuales, debiendo su total existencia a la piadosa labor de San Benito de Nursia, quién ante la escandalosa vida de Roma decidió retirarse a Subiaco donde fue discípulo de un anacoreta de nombre Romano. Al poco tiempo comenzó a hablarse de la santidad de vida que llevaba Benito, por lo que muchas familias

comenzaron a confiarle a sus hijos, ante lo cual Benito los organizó en grupos o colonias, para posteriormente dirigirse a Monte Casino, lugar donde fundó el primero de sus monasterios.²⁰

En la época de la dominación visigoda en España brilló la figura de San Isidoro de Sevilla, quién tuvo contacto directo con una gran cantidad de obras de autores de la antigüedad, algunos de los cuales se ubican, más precisamente, entre el final de la antigüedad y principios del Medioevo, lo que demuestra el conocimiento que de estas obras había en algunos círculos, aunque restringidos, de la época y que dan una idea de algunos de los títulos que formaban parte de las bibliotecas de los primeros siglos de la Edad Media. Así este santo pudo conocer las obras de Vitrubio, Virgilio, Ovidio, Marcial, Juvenal, Horacio, San Agustín, Eusebio de Cesarea, Cayo Cornelio Suetonio, Ulpiano, Gayo, Cicerón, San Gregorio Magno, Lactancio y Orígenes. También, en lo que hoy es España son dignas de mención las bibliotecas de Santa María de Obona y la de Liébana en Asturias; las del monasterio de Dumio, San Salvador de Celanova, Samos, Sobrado y Villanueva de Lorenzana en Galicia; en León las bibliotecas de los monasterios de Sahún, San Cosme y el de Eslonza; en Castilla las de Santo Domingo de Silos, San Salvador de Oña, San Pedro de Cardeña, San Pedro de Arlanza, San Zoilo de Carrión y Santa María de Huerta; en Navarra se recuerdan las de Santa Gemma, Irache y Leire; en Aragón, las ubicadas en San Victorián y San Juan de la Peña; y en Cataluña, las de Ripio, Monserrat; San Cucufate del Vallés, entre otras.²¹

Pero, si se quiere tener una idea más profunda sobre el tema, es necesario mencionar, además, el papel que jugó la presencia expansionista musulmana en Iberia a partir del año 711, que generó la llamada guerra de la Reconquista por parte de los reinos cristianos de la península y que culminó con la entrada de los Reyes Católicos a Granada a principios de 1492. Más, sin embargo, el triunfo de la cristiandad no significó la terminación de la influencia cultural musulmana, sino, que por el contrario está herencia de siglos se encuentra todavía hoy día

formando parte del acervo cultural español y del mundo occidental. En este sentido, Córdoba fue, durante el Medioevo, un foco cultural de primera importancia, hasta el punto que el número de ejemplares de su biblioteca llegó a ser muy alto, sin ubicar por supuesto la exagerada cifra que algunos afirman de seiscientos mil ejemplares. En Córdoba no sólo existió una importante biblioteca, sino que además ubicó un número considerable de traductores al idioma árabe de textos de origen griego, los que posteriormente fueron traducidos al latín, cuestión ésta de vital importancia para la vida intelectual de la Cristiandad, por cuanto se redescubrieron textos como los de Aristóteles. Oakley, por su lado, afirma que a través de los árabes, además, se realizaron traducciones directas del griego al latín.²² También se destacó la biblioteca de la ciudad de Toledo, de la que debe recordarse su fábrica de papel y el trabajo de los célebres bibliófilos Al-Arauxí e Ibn Al-Hanaxí.²³

Las bibliotecas musulmanas no solo existieron en la península ibérica, también pudieron ser encontradas en otras regiones, como en la Bagdad de tiempos del califa Harum Al-Rashid y en El Cairo de los fatimitas.²⁴

El número de ejemplares contenidos en las bibliotecas medievales no se puede comparar con los existentes en las bibliotecas contemporáneas, que se han visto beneficiadas grandemente de los avances tecnológicos dados en los tiempos que arrancan desde finales de la Edad Media en estudio. Por ejemplo, la biblioteca de Cluny en Francia tuvo un número superior a los mil ejemplares, la de Poblet en Cataluña resguardó, en el siglo XII, cuarenta y cuatro ejemplares. En el siglo XIV, los Papas que habitaron en Avignon, durante la época que duró el cisma, llegaron a formar una biblioteca que superó los dos mil ejemplares.

Tampoco puede pensarse en los libros ubicados y organizados en estantes, como pueden ser apreciados en gran cantidad de bibliotecas de hoy, durante el medioevo estos eran ubicados sobre mesas o en otros casos en armarios, donde el lomo estaba colocado de manera contraria

a la usada en tiempos actuales, lo que traía como consecuencia que sobre estos no se observaran inscripciones ni ornamentaciones.

En el caso del territorio que hoy ocupa Francia fueron muy conocidas las bibliotecas de monasterios como el de Peroné, Luxueil y Saint Briuc; en la región de Bretaña son dignas de mención las de una abadía ubicada en Peupont y la del cabildo de Quimper; también menciona Dahl²⁵ al monasterio de St. Maur-sur-Loire, fundado por Mauro en el siglo VI, y en el que se dedicaban a la copia de textos. En Alemania y Suiza, siguiendo la ruta de expansión de la orden benedictina, se encontraron las bibliotecas de los monasterios de San Gall, Fulda y Maguncia. En Italia destacaron las de Montecassino, fundada por San Benito de Nursia, que tuvo una posterior época de ocaso debido a los hechos suscitados por el ataque de los musulmanes en el siglo IX, pero que afortunadamente asistió a un período de recuperación que la llevó a brillar nuevamente en el siglo XI, volviendo a decaer en el siglo XIV y a renacer nuevamente en el siglo siguiente.²⁶ En Italia también son dignas de mención las bibliotecas ubicadas en los monasterios de Nonantola, San Salvador de Monte Amiata y Farfa. En Inglaterra fueron famosas las de Cantenbury seriamente dañada por las incursiones de los vikingos en el siglo X, Durham, Glastonbury y York, fundada por un discípulo de Beda el Venerable de nombre Egberto. En los países nórdicos que corresponden a Escandinavia, la aparición de las bibliotecas fue relativamente tardía, ya que la llegada del cristianismo, y por consiguiente, de los monasterios, se realizó alrededor del año mil. Es un hecho bastante conocido que el proceso de evangelización a lo largo del continente europeo llevó un largo tiempo, y que mientras los territorios del Imperio Romano adoptaron la religión cristiana de manera oficial durante la época de Teodosio II el Grande, otras regiones solo fueron evangelizadas durante la Edad Media. Una vez iniciado el segundo milenio de la era cristiana comenzaron a fundarse bibliotecas en estas regiones nórdicas, como por ejemplo, en lo que hoy es Dinamarca, la del monasterio de Om, la del de Soró, la del Herredsvad, la de Naestved; en Noruega, se

conocieron las de las sedes episcopales de Bergen, Trondhejm y Stavanger; y en Suecia, la del monasterio de las brígiditas de Vadstena.²⁷

Lo relatado anteriormente sobre el Renacimiento Carolingio también se tradujo en un renacer de las bibliotecas, que pueden ser observadas claramente en las de los monasterios alemanes antes mencionados de Fulda y San Gall, y la que Carlomagno logró crear en Aquisgrán, capital del gran reino de los francos.

Es interesante observar que Millares Carlo afirma que entre “los siglos IX y XIII, fecha ésta en la que se inicia para las monásticas una era de decadencia, continuó el florecimiento de las bibliotecas en Francia, Italia, Alemania, Islas Británicas y España.”²⁸, lo que lleva a pensar en lo relativo del calificativo “siglo de hierro” con que ha sido denominado el siglo X por la violencia y el retroceso cultural que se dio a lo largo de él, es así que, en cierta manera, es una contradicción afirmar que hubo un retroceso cultural y al mismo tiempo asistir a un florecimiento de las bibliotecas en los monasterios. Incluso, a fines de éste siglo X se fundó en Italia el monasterio de Trinità della Cava que poseía una biblioteca de gran magnitud.

Otra orden monástica muy conocida en la Edad Media fue la Orden de Cluny, que tuvo bibliotecas de un tamaño considerable en Francia, que superaban los mil ejemplares, y en Inglaterra como la biblioteca de Cantenbury, antes mencionada, y la de St. Albans.²⁹ En esta región, en la segunda mitad de la Edad Media, también dieron su aporte las ordenes mendicantes, puesto que tuvieron bibliotecas en Oxford y Londres, como fue el caso de los Franciscanos quienes llegaron a formar, durante el siglo XIV, un catálogo de libros de Inglaterra denominado *Registrum Librorum Angliae*.³⁰

En los inicios de la Baja Edad Media, con la aparición de las Universidades y las necesidades que imponían las actividades estudiantiles que allí se desarrollaron, se crearon los llamados “exemplar” y “pecia”, que consistían en ejecutar con gran cuidado la copia de una obra

(exemplar), que era revisada posteriormente por las autoridades universitarias, y que pasaba a ser una “pecia” que seguidamente se distribuía entre los encargados de llevar a cabo nuevas copias de esta.

Crecimiento de la presencia de las bibliotecas

Así las bibliotecas comenzaron a aparecer en un número cada vez mayor en predios laicos como universidades y cortes, entre otras, en oposición a la Alta Edad Media donde prevalecieron las de carácter monástico, aunque sin negar la existencia de bibliotecas en manos de algunos laicos en este período, tal y como fue el caso de la biblioteca de un prefecto de la Galia de nombre Tonancio Ferreolo que vivió en el siglo V. Correspondientes a la Baja Edad Media son las famosas bibliotecas de San Luis, quién fue rey de Francia en el siglo XIII, y mejor conocido por otras acciones suyas como la cruzada en la que participó contra los infieles en Tierra Santa. También vale recordar la biblioteca de Carlos V –sin relación alguna con el emperador de la casa de los Habsburgo- en el siglo XIV, y las de Carlos VII y Luis XI en el siglo XV. Se recuerda a su vez el interés por los libros del rey de Aragón, Jaime I el Conquistador, y de Carlos II el Noble de Granada, así como también al rey Alfonso X y Alfonso XI. Otros bibliófilos muy conocidos fueron el rey Wenceslao de Bohemia, Oton III y Federico II de Alemania.³¹

De los inicios de la Baja Edad Media se conocen obras como la Historia Pontificalis escrita por Juan de Salisbury en el siglo XII, las Crónicas Universales de Sigebert de Gembloux entre los siglos XI y XII y las de Oton de Freising en esa misma centuria, las compilaciones de historia como La Historia Antigua hasta César o Los Hechos de los Romanos, del siglo posterior, nombre éste último que deja entrever cierta influencia de los escritos bíblicos, específicamente del libro de los Hechos de los Apóstoles, y los Libros de Sentencias de Pedro Lombardo, de Imerius (muerto en 1125) que preparó una copia del Corpus Iuris

Civilis, Graciano que hizo una recopilación llamada Concordia Discordantium Canonum durante el siglo XII y que fue completada en el siglo siguiente formando el Corpus Iuris Canonici. También del siglo XII, e incluso del período anterior, de la Alta Edad Media, provenían algunos de los títulos que fueron estudiados en las escuelas de los siglos finales del Medioevo, así por ejemplo, el manual de Donat, las Doctrinale de Alexandre de Ville-Dieu, el Grecismus de Évrard de Béthune, los Dísticos cuya autoría era atribuida a Catón, la Égloga de Teodulo, la Chartula y el Floretus.³²

El precio de los libros era, lógicamente, elevado, por cuánto el valor de los materiales como el pergamino era muy alto, a lo que debe añadirse que en algunas ocasiones, se incorporó en la confección de dichas obras una serie de bienes de gran valor como es el caso de metales preciosos como el oro y la plata, empleados en la escritura o el teñido de púrpura del pergamino, como los del Salterio que obsequió Carlomagno al Papa Adriano. Por otro lado, la copia de una obra llevaba normalmente una gran cantidad de horas - hombre, lo que lógicamente, trajo como consecuencia una oferta limitada, ante lo que se imponía un precio alto por la venta de libros. Sin embargo, este costo de los libros fue variable, ya que obras acabadas como el Corpus Iuris Civilis y el Corpus Iuris Canonici fueron bastante caros, mientras que algunos volúmenes sin encuadernar eran de un precio menor.³³ Por supuesto, la adopción del uso del papel trajo como consecuencia una notable disminución del precio de los libros, pero hasta los siglos XIV y sobre todo el XV no hubo un gran uso de este material, por lo que se puede afirmar que durante el Medioevo el empleo preponderante del pergamino encareció el precio de los libros. Vale también indicar que el alto precio de los textos no sólo perduró a lo largo de toda la Edad Media, sino que también en la Antigüedad estos poseían la misma característica.³⁴

Con la aparición de las Universidades se dio un impulso bastante grande al comercio de libros, en que cumplieron un papel de vital importancia los llamados stationarii.³⁵ Este comercio se vio nutrido

por la venta de libros usados que hacían los estudiantes para poder así satisfacer algunas necesidades económicas que poseían o porque sencillamente abandonaban sus estudios; también se daban casos de herederos que vendían los libros de algún familiar fallecido, y de colegios que vendían los libros repetidos que existían en ellos.³⁶ Ya al final del Medioevo la compra-venta de libros experimentó un incremento notable debido al interés de los humanistas por dicho producto, que trajo como consecuencia un muy comprensible aumento de los niveles de demanda, y donde ciudades como Florencia y Venecia fueron ejes de primer orden en el desarrollo de las actividades ligadas a los libros debido, en buena parte, a su condición de núcleos comerciales.³⁷

Al finalizar el Medioevo el promedio de libros que poseía la biblioteca de un estudiante no sobrepasaba los doce ejemplares, mientras que los profesores llegaban a alrededor de los treinta volúmenes, a excepción de los más pudientes económicamente o los más amantes de los libros que podían llegar alrededor de los cien, número éste que fue el promedio también de las bibliotecas de los miembros del Parlamento de París. Por supuesto, existieron excepciones como Roger Benoiton, que en el siglo XV, llegó a poseer una biblioteca con doscientos cincuenta y siete libros. De estudios estadísticos realizados sobre cuarenta y una bibliotecas de religiosos de los siglos XIV y XV, se desprende que los obispos poseían aproximadamente unos veinte y cinco libros, mientras que los cardenales unos setenta.³⁸ Por supuesto que las bibliotecas particulares, como las mencionadas anteriormente, tuvieron menos posibilidades de llegar a poseer la magnitud de las bibliotecas de los monasterios, de las catedrales, de las universidades y de los reyes, ya que estos últimos disponían de mayores ingresos económicos para la adquisición de obras, además de que en muchas oportunidades recibieron significativas donaciones. Así, por ejemplo, en el siglo XIV, en Inglaterra, el colegio de Merton tenía unos ochocientos libros, el de Balliol, ciento cincuenta y el de Oriel, cien, mientras que en Francia el colegio Pégry de Cahors poseía setenta y ocho. En el siglo XV, la biblioteca de la Catedral de Notre-Dame en París

llegó a poseer trescientos ejemplares y la de Reims, cuatrocientos ochenta y seis, mientras que monasterios franceses como Saint-Denis o Clairvaux tenían aproximadamente mil seiscientos volúmenes. En Italia el monasterio de Monte Casino llegó a poseer mil cien, y en Austria, el de Melk ochocientos. Colegios como el de Autun en París poseían doscientos libros aproximadamente, el de Annecy en Avignon unos ciento cincuenta, y en Inglaterra el de All Souls que comenzó con trescientos sesenta y nueve volúmenes. A la Magdalen le fueron donados en el año 1480, ochocientos libros, y en Alemania, se menciona los del Collegium Amplonianum ubicado en Erfurt que poseía seiscientos treinta y siete ejemplares. En cuanto a las universidades, Oxford tenía a mediados de esta centuria XV unos doscientos ochenta libros, mientras que las francesas de Orleáns, Avignon y Poitiers solamente contaban, cada una, con algunas decenas de ejemplares. Hacia principios del siglo XVI, colegios como el de Navarra en París y el de Foix en Toulouse poseían unos ochocientos volúmenes cada uno.³⁹

De estas décadas finales del Medioevo y de vigor del Renacimiento son notables las bibliotecas como la fundada por Cosme de Médicis en el convento de San Marcos por lo que se llamó Biblioteca Marciana, en la que trabajó Tommaso Parentucelli, quién sería el futuro papa Nicolás V y que escribió una obra en la que especificaba los contenidos que debería contener toda biblioteca. También se llegó a fundar una nueva biblioteca papal, que tuvo como antecedente histórico la biblioteca pontificia que recibió algunos de los textos de la biblioteca fundada por Casiodoro en Vivarium. De igual forma deben mencionarse personajes como Lorenzo el Magnífico que dio un gran apoyo a la Biblioteca Laurenziana.

Por supuesto, los elevados precios de los libros durante toda la época a la que se refieren las presentes líneas, implicó que estos fueran artículos cuya posesión estuvo reservada para los sectores sociales con un mayor poder adquisitivo, sin olvidar que éstos eran los que mayor posibilidad tenían para acceder a una educación lo suficientemente buena

que hiciera posible el estudio de libros, la mayoría de los cuales trataban de materias religiosas y jurídicas.

Las áreas del conocimiento sobre las que más trataron las bibliotecas eran relativamente homogéneas al final de la Edad Media, sin embargo, Dahl señala algunas diferencias que se empezaron a notar un tiempo antes, a partir del siglo XII, entre las bibliotecas de los monasterios y algunas de carácter laico en manos de representantes de la emergente burguesía, ya que en éstas últimas hubo una marcada presencia de obras en lengua vulgar, mientras que en los monasterios prevalecieron las escritas en latín.⁴⁰ Asimismo, si bien en las de estos se podían encontrar ejemplares de obras jurídicas, de medicina y de botánica, su proporción en las bibliotecas laicas era mucho mayor. En el caso francés, las primeras obras que se tradujeron a la lengua vernácula aparecieron en el siglo XIII, pero hubo que esperar hasta el siglo siguiente para encontrar una mayor sistematicidad en estas actividades a pedido expreso de monarcas como Juan II el Bueno y Carlos V, de esta manera se dieron las traducciones de las obras de Aristóteles por Nicolás de Oresme, de Tito Livio, Cicerón y La Ciudad de Dios de San Agustín de Hipona.

Igualmente los hombres dedicados al comercio llegaron a poseer algunos manuales de dicha actividad y pequeños tratados de contabilidad. En algunas de las bibliotecas de fines del Medioevo se podían encontrar Los Hechos y Dichos Memorables de Valére Máxime, el Speculum historiale de Vincent de Beauvais y la Crónica de los Papas y de los Emperadores de Martín de Tropicay. Por su lado, a fines de la Edad Media, las bibliotecas de algunos médicos contaron con las traducciones de Galeno y de árabes como Avicena y Al-Razi.⁴¹

La cultura y las bibliotecas a finales de la Edad Media

El final de la Edad Media asistió a un hecho que cambió de manera radical y definitiva todo lo relacionado con los libros y, por consiguiente, de las bibliotecas. Este hecho fue la aparición de la imprenta.

Los orígenes de ésta son indudablemente chinos, más, sin embargo, no existen elementos de juicio que permitan demostrar cómo pudo llegar hasta Europa, razón por la cual se afirma que la aparición de dicho invento a fines de la Edad Media se debe exclusivamente al ingenio del hombre europeo. En cuanto a la autoría intelectual de la imprenta, la gran mayoría de las pruebas se inclinan a favor de Gutemberg quién era oriundo de lo que hoy es Alemania, pero existen otras teorías que reclaman el honor para Francia o para Holanda.

A favor de Francia se alega la tesis de que un orfebre oriundo de Praga y cuyo nombre era Procopio Waldfoghel se asoció con otras personas de Avignon con la finalidad de escribir obras artificialmente, sin embargo, no se ha determinado si realmente esto se efectuó, a pesar de que pareciera que conocía el uso tanto de la prensa como de los caracteres móviles.

A favor de Holanda, existe un relato acerca de un tal Coster (Lorenzo Janszoon), habitante de Harlem, y que –según una tradición popular de esta región- fue el creador de la imprenta. Se cuenta además que los instrumentos creados por Coster le fueron robados por un criado de nombre Juan, quién los llevó hasta Maguncia. Otra teoría afirma que Ulrico Zell, personaje que introdujo la imprenta en Colonia reconocía que se trataba de un invento generado en Maguncia, pero los primeros experimentos no habían sido llevados a cabo en ésta, sino en Holanda.

Vale destacar que Dahl piensa que estas teorías son verdaderas, sólo que lo inventado por Coster resultaba muy trabajoso y de difícil uso, mientras que lo creado por el bohemio que vivió en Avignon tal vez sólo se utilizó en la realización de algunas prácticas pero sin llegar a la impresión de libros.⁴² Mientras tanto, la posición de Verger es que Gutemberg es solamente el más conocido de un conjunto de hombres que ya poseían, a finales del medioevo e inicios de la modernidad, la técnica de impresión por caracteres grabados móviles.⁴³

A pesar de los relatos anteriores, las pruebas históricas están a favor de Gutenberg, por cuánto es de éste de quien existen los primeros ejemplares impresos con caracteres móviles. Los sucesos que acontecieron a Gutenberg con relación a la imprenta no fueron muy felices, por cuánto se asoció con un hombre de nombre Juan Fust, quién más tarde, cuando se disolvió el contrato recibió algunos de los instrumentos de que se servía Gutenberg para imprimir los libros, los que fueron posteriormente utilizados por otras personas, como un tal Peter Schöffer, quién realizó impresiones de gran calidad y mejoró el sistema de tipos creado por el germano. Pero, existen testimonios que dan la idea de que, ya en la tercera década del siglo XV, Gutenberg trabajó con la imprenta de caracteres móviles, testimonios éstos que consisten en un pleito ganado por éste contra los herederos de un socio fallecido y en los que se hablan de ciertos objetos que parecieron ser los célebres caracteres movibles.

Pero las referencias a la época de la aparición de la imprenta no estarían completos si no se hiciera mención del hecho de que, en los mismos años en que se cree Gutenberg comenzaba sus primeros pasos, se estaban produciendo, por parte de otros individuos, los primeros libros xilográficos.

Reflexión final

Por último, hay que indicar que la aparición de la imprenta no implicó el cese brusco de la actividad de los copistas de manuscritos, sino que esta tarea se continuó realizando hasta entrado el siglo siguiente a la invención de la imprenta, y aún ésta tampoco implicó la desaparición de la compra-venta de manuscritos, lo que se realizó sólo de una manera paulatina. Igual puede decirse con relación al tamaño y composición de las bibliotecas antes del comienzo del siglo XVI.

Notas y bibliohemerografía

- ¹ CAPPELLETTI, Ángel. *Textos y Estudios de Filosofía Medieval*. Consejo de Publicaciones del Consejo de Estudios de Postgrado de la Universidad de los Andes. Mérida. 1993. p. 10.
- ² EGINHARDO. *Vida de Carlomagno*. Gredos. Madrid. 1999. pp. 91, 92.
- ³ MILLARES CARLO, Agustín. *Introducción a la Historia del Libro y de las Bibliotecas*. Fondo de Cultura Económica. México. 1971. p. 21.
- ⁴ DAHL, Sven. *Historia del Libro*. Alianza Editorial. Madrid. p. 51.
- ⁵ FEBVRE, Lucien y Henri-Jean Martin. *La Aparición del Libro*. Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana. México. 1962. p. 19.
- ⁶ MILLARES CARLO, Agustín. *Op. Cit.* . pp. 29 - 30.
- ⁷ DAHL, Sven. *Op. Cit.* p. 59.
- ⁸ MILLARES CARLO, Agustín. *Op. Cit.* p.78.
- ⁹ DAHL, Sven. *Op. Cit.* p. 59.
- ¹⁰ Idem.
- ¹¹ ALVAREZ GÓMEZ, Jesús. *Manual de historia de la Iglesia*. Editorial Claretiana. Buenos Aires. 1979. p. 82.
- ¹² DAHL, Sven. *Op. Cit.* p. 45.
- ¹³ Idem.
- ¹⁴ *Ibidem.* pp. 81- 82.
- ¹⁵ MILLARES CARLO, Agustín. *Op. Cit.* p. 237.
- ¹⁶ OAKLEY, Francis. *Los siglos decisivos. La experiencia medieval*. Alianza editorial. Madrid. 1995. p. 169.
- ¹⁷ FRAILE, Guillermo. *Historia de la Filosofía. II* . Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid. 1986.p. 257. Tomo II. Volumen I.
- ¹⁸ RICHÉ, Pierre. *La Educación en la Cristiandad Antigua*. Herder. Barcelona. 1983. pp. 46- 47.
- ¹⁹ DAHL, Sven. *Op. Cit.* p.51.
- ²⁰ LLORCA, Bernardino y Ricardo García Villoslada. *Historia de la Iglesia Católica. Edad Antigua*. Biblioteca de Autores Cristianos (BAC). Madrid.1996. pp. 615- 616. Volumen I.
- ²¹ MILLARES CARLO, Agustín. *Op. Cit.* p.238.
- ²² OAKLEY, Francis. *Op. Cit.* p. 172.
- ²³ DAHL, Sven. *Op. Cit.* p. 49.
- ²⁴ *Ibidem.* p. 48.

- ²⁵ *Ibidem.* p. 52.
²⁶ MILLARES CARLO, Agustín. *Op. Cit.* p. 240.
²⁷ DAHL, Sven. *Op. Cit.* pp. 65- 66.
²⁸ MILLARES CARLO, Agustín. *Op. Cit.* p. 239.
²⁹ DAHL, Sven. *Op. Cit.* p. 73.
³⁰ Idem.
³¹ *Ibidem.* p. 77.
³² VERGER, Jacques. *Gentes del Saber en la Europa de finales de la Edad Media.* Editorial Complutense. Madrid. 1999. p. 58.
³³ *Ibidem.* pp. 94- 95.
³⁴ CAMERON, Averil. *El Mundo Mediterráneo en la Antigüedad Tardía 395-600.* Crítica. Barcelona. 1998. p. 144.
³⁵ DAHL, Sven. *Op. Cit.* p. 74.
³⁶ VERGER, Jacques. *Op. Cit.* p. 95.
³⁷ DAHL, Sven. *Op. Cit.* p. 84.
³⁸ VERGER, Jacques. *Op. Cit.* p. 106.
³⁹ *Ibidem.* pp. 99-100.
⁴⁰ DAHL, Sven. *Op. Cit.* p. 175.
⁴¹ VERGER, Jacques. *Op. Cit.* p. 103.
⁴² DAHL, Sven. *Op. Cit.* p. 94.
⁴³ VERGER, Jacques. *Op. Cit.* p. 109.

